

LA MUERTE DE JUDAS

Caín fue el hijo mayor de Adán y Eva. Era de temperamento sedentario y se hizo agricultor. Su hermano Abel tenía espíritu nómada y vagaba por diversos parajes con sus ovejas. A Yavé le agradó la ofrenda que le hizo Abel y no le gustó la de su hermano. Caín montó en cólera y fue reprendido por Yavé. El rencoroso labriego invitó a su hermano a dar un paseo a campo abierto y llevado por la envidia y los celos, lo mató. Y continúa el **Libro del Génesis** (capítulo cuatro, versículos ocho al quince) narrando: "**Yavé dijo a Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel?»** Y él respondió: **«No lo sé; ¿soy acaso el guardián de mi hermano?»**". Entonces Yavé le lanzó una sarta de maldiciones terribles. Entre ellas, le dijo: "**«Cuando cultives la tierra, no te dará frutos. Andarás errante y vagabundo sobre la tierra»**". Caín le respondió admitiendo su culpa pero le expresó, temeroso, lo siguiente: "**«[...] pero al andar errante y fugitivo, vagando sobre la tierra, cualquiera que me encuentre me matará»**". Yave, le dijo: **«No será así. Si alguien te mata, yo te vengaré siete veces»**. Y Yavé puso una señal a Caín para que no lo matara el que lo encontrara".— Queda claramente establecido que el envidioso Caín ronda por este mundo, que es un pésimo agricultor, y que lleva una señal, probablemente en el rostro, la cual intimida e impide darle muerte a quien ose intentarlo. Pasaron ya miles de años después de este penoso incidente y Caín continúa vagando...pero...mejor abandono este relato para que sea el mismo Caín el que nos cuente qué sucedió ese día aciago en que, sin quererlo, nuestro primer homicida se encontró en Jerusalén con Judas el esenio, apodado El Iscariote. Oigámoslo:

“Fue un día viernes. Agonizaba ya la tarde cuando logré penetrar en la ciudad. Me interné al acaso por la primer callejuela que me ofreció una barriada. Iba nervioso. El eco de mis pasos lo asociaba con el golpe sordo que emiten, al caer sobre el piso, los cráneos de las personas decapitadas. Un escalofrío me corría por

la espina dorsal; sentía fiebre y también un intenso afán por encontrar de inmediato hospedaje. Más el callejón estaba circuido por una lóbreguez absoluta, dándome la impresión de que nunca hubiera sido atravesado por algún ser humano.— La noche jugaba a las escondidas con las esquinas y las teas no crepitaban. Los pórticos, cual bosquejo de horcas, dejaban transpirar una soledad espantosa y hasta mi sombra, mi fiel sombra, había huído de mí como asustada. Fugazmente me hizo un guiño desde un paredón cercano que despedía livideces de ajusticiado; después se disolvió en la niebla. ¿A donde iría? Posiblemente a jugar con las esquinas o con aquel triste hachón apagado. ¿Volvería a mí? Era imposible predecirlo; ella, quizás, también necesitaba de otra compañía. — Tac... Tac...! Las cabezas caían sordamente. ¡Tac! ¡Toc! Reventaban sobre el pavimento. ¡Tac! ¡Tac! ¡Toc! ¡Tac! Me seguían tan rápido que llegué a sentir los húmedos dientes de una, enterrándose en mi pantorrilla. Eché a correr desesperado. Fué una carrera infernal; el tiempo se burlaba del espacio, de mi sudor y de los cráneos que me maltrataban.— Hice un alto para tomar aliento y maldecir el impulso que me llevó a visitar la ciudad. La Ciudad de las Almas Muertas, como interiormente empezaba a denominarla. El corazón me danzaba locamente; había perdido su isocronía. Sudores ácidos quemaban mi cuerpo maltratado por los tropezones recibidos en la oscura y angustiosa escapada. ¡Sentí morir! Sí, así debería sentirse todo aquel que estuviera en trance agónico. Figuraos: iba a morir, iba por fin a consumir mi destino y a liberarme de este castigo insoportable. Una alegría inaudita me dominaba: nunca más tendría que darle vuelta a mi despiadado reloj de arena. Tan fuerte sería esta sensación de júbilo que volví a sentirme reanimado.

Comencé a llorar: de mi garganta partían alaridos salvajes y éstos desgarraban con su estridor las tinieblas. La vida corría otra vez a borbotones por mis venas. Maldije, y el eco correspondióle a mis

palabras con una carcajada. Maldito de mí, definitivamente maldito: -- "*«No será así. Si alguien te mata, yo te vengaré siete veces»* --", la sempiterna voz interior me susurró implacable.—

Como sentía un intenso afán por proseguir el camino, continué adentrándome en la ciudad y al filo de la medianoche logré divisar una luz que se filtraba por los resquicios de una ventana. Unas tres o cuatro veces golpeé febrilmente en ella, pero nadie respondió a mi llamado. Me acerqué entonces a la puerta de la morada, hice presión contra una de sus hojas y ésta cedió fácilmente. Entré. El vivo resplandor que despedían las hachas colocadas sobre los muros de la habitación me cegó de momento. Luego distinguí la figura de un hombre que frisaba en los treinta y cinco años. Permanecía inmóvil, sentado al pie de una gran mesa que decoraba el interior del recinto. No sé por qué, pero tuve la impresión de ver un cuervo posado sobre un campo de sangre...

Al parecer, no le importó mi presencia. Estaba absorto, clavando su negra mirada en un bolso de piel de camello que descansaba sobre la mesa. Sus ojos, que parecían dos monedas recién acuñadas, despedían reflejos siniestros; espesa barba cubría su faz, y sus finos labios entremordíanse en un rictus desesperado.— Observé que sus rasgos guardaban gran semejanza con los míos. Sin embargo, carecían del gesto decidido y altanero peculiar en mí; más bien dejaban traslucir cierta humildad, un algo así como de insignificancia.

—Pero sus manos - ¡ah!, sus manos que reposaban nerviosamente sobre la túnica! - eran algo soberbio, demoníaco. Exudaban vértigo y cadaverina. Eran púrpura y marfil; garras de buitre y dientes de hiena. El anverso de ellas era frío como todo lo frío, y sus palmas un poco regordetas se perdían lujuriosamente en el nacimiento de los dedos ágiles. ¡Ah!...Sus manos me causaron una envidia biliosa. ¡Cómo crujían mis dientes; cómo refulgían mis ojos contemplándolas!. ¡Maldito, mil veces maldito ese advenedizo, esa alimaña poseedora de semejantes manos!—

Envenenado contemplé las mías; tenían matices purpurinos, más no tan intensos como los que despedían las suyas. Mis manos de labriego eran toscas; carecían de la delicadeza y de la éburnea eternidad que se dibujaba en las otras.— Sentí la absurda ignorancia de mis manos ante las de ese despiadado avaro. Dolores de celos me hirieron el costado. Convulso me acerqué al cobarde, y éste, con un movimiento en que iban conjugadas ligereza de cobra y suavidad de sedas, atrapó la bolsa y la sostuvo aferrada contra su pecho. Luego puso en mí sus grandes ojos negros.— Reí al contemplar la angustia en su rostro demudado, en su boca suplicante. Sé que le impresionó mi aspecto, pues dejó caer la vista, conturbado. Sus finos labios balbucieron algo así como a manera de disculpa: "-«*He vendido al hijo del hombre*»--".— No pude entenderlo porque yo lo odiaba. Sin embargo le respondí: - "« ¡Qué me importa!. *¿Acaso soy el guarda tuyo o de tus actos?*» -" Posiblemente no me entendió tampoco. Trató de sonreír y la sonrisa se le congeló en la boca. Aun no me lo explico, pero creo que fué porque entendió la señal que hay en mi frente.— Perdí el dominio de mí mismo, como siempre. Entonces, estreché su garganta y comencé a apretar, mientras que él, en vez de ofrecer resistencia, aferraba más y más su escarcela.

El tiempo para mí no cuenta. Sé que lo solté, sólo cuando aflojó su tesoro y dejó caer sus manos laxas. Al observarlas, reí de nuevo. Ya no despedían matices púrpura y marfil; habíanse tornado azules y vulgares. Con renovado orgullo contemplé las mías: las ví hermosas y completamente encarnadas. ¿Acaso no son manos de inmortal? - Lancé una mirada en torno al cuerpo desgonzado: los hachones estaban próximos a extinguirse y desparramadas, junto al cadáver, brillaban diabólicamente varias monedas de plata. Las recogí, una a una. ¡Eran treinta!—

De improviso sentí miedo. Las teas se apagaron y mis manos iluminaron la habitación como si ellas despidieran fuego. Los ojos y la lengua del traidor me señalaban. Llevado por un impulso

interior que era superior a mi pánico, lo tomé por sus largos cabellos y lo fui arrastrando hasta llevarlo fuera del aposento. Pesaba poco. Me lo eché al hombro y caminé y caminé, hasta encontrarme en un huerto. Allí hice un alto al pie de un robusto árbol. Despojé el cuerpo exánime del largo cíngulo que rodeaba su esbelta cintura. Un extremo lo até a su cuello y el otro lo pasé por una gruesa rama. Luego halé y anudé hasta dejar su cadáver oscilando al vaivén de la brisa.

Abandoné el lugar, e impulsado todavía por esa fuerza interior me dirigí con pasos de autómatas hacia la mole del templo que dominaba con su presencia la lejanía. En el interior de éste, en el propio gazofilacio, arrojé las treinta monedas que retumbaron en el silencio con su seductor tintineo. No tenía ya nada más que hacer. Solo faltaba que viniese a pedirme cuentas el poderoso que me maldijo. Me estremecí al pensar en su insoportable presencia. No quería escuchar de nuevo su voz ni sentirme inerme ante la fuerza implacable de su acusadora mirada. Empavorecido abandoné el recinto y me lancé de nuevo a las tinieblas, a vagar eternamente por las calles de la Ciudad sin Almas”.

GABRIEL AZEVEDO URIBE

Bloque D-21, Apto. 410,

Paulo VI, primera etapa

Bogotá, Colombia - Teléfono: 759 89 98

correo@gabrielazevedouribe.com